

Rayuela o el salto al vacío

Ignacio Solares

Julio Cortázar le confesó a Ernesto González Bermejo:

Aquí en Europa, por primera vez, empecé a leer libros de metafísica oriental, sobre el Vedanta y algo del Zen y algunos ensayos complementarios. Sin lugar a dudas son la fuente principal de inspiración de *Rayuela*. Esas lecturas fueron para mí como esos cuadros medievales en dos *panneaux*: me daba la impresión de que yo había conocido de golpe bastante bien uno pero que el otro había quedado plegado y, de golpe, se abrió y sentí hasta qué punto el Occidente ve los sistemas filosóficos como cerrados y, en cambio, el Oriente es todo lo contrario, la apertura total y, en la medida de lo posible, la negación de los conceptos causales, en el caso del tiempo y del espacio. Eso mismo que intenta ser *Rayuela* en última instancia.¹

Y un punto central en *Rayuela*: “El fenómeno de la muerte, que para Occidente es el gran escándalo —como tan bien lo vieron Unamuno y Kierkegaard—, no tiene nada de escandaloso en Oriente, en donde se le mira como una metamorfosis, y no un fin”.²

En una entrevista con Cortázar para el *Excelsior* de Julio Scherer, Cortázar recalcó la idea: “¿Por qué dramatizamos el cruce de la puerta? Sobre todo si nos hemos asomado a su interior y hemos comprobado que del otro lado no hay Nada... O sea que hay Todo”.

Tal como en la popa de *Los premios*.

Lo que nosotros buscamos discursivamente, filosóficamente, se resuelve para la filosofía oriental en una especie de salto al vacío (hay que recordar de nuevo el salto al vacío de Oliveira al final de *Rayuela*). La iluminación del monje zen es “el relámpago que lo desgaja de sí mismo”. El filósofo racionalista diría que es un alucinado o un enfermo, pero para un cronopio como Oliveira más bien “ha tocado fondo”, hasta donde puede tocarlo un cronopio ateniéndose a un sistema y a una escuela, él,

que más bien es contrario a todos los sistemas y a todas las escuelas (no se diga a las iglesias: recintos para famas y esperanzas).

Según el zen, si mueres antes de morir no morirás. Todo el problema está en practicarlo con suficiente asiduidad —muy en especial por medio de la escritura—, lo que por cierto hacían bastante bien los místicos cristianos. Algunos sistemas de meditación zen, en particular el Sikh (los santos Radhasoami) y el Tantra (hindú y budista), abundan en meditaciones que imitan, con gran precisión, los distintos estadios del proceso del morir, incluidos sus aspectos más aterradores, algo que también ha puesto en práctica la literatura desde sus inicios. Del Aquiles de Homero, quien dice a Ulises durante el descenso de éste al Hades: “Es mucho mejor permanecer en la tierra siendo esclavo... que reinar a solas en este reino de fantasmas desencarnados”, a Yeats, quien aseguraba que “los muertos sólo saben algo: que es mejor estar vivos”.

El Vedanta niega la realidad tal como la entendemos parcialmente; por ejemplo, la mortalidad del hombre, incluso la pluralidad. Somos mutuamente la ilusión el uno del otro. El mundo es una manera de mirarlo. Cada uno de nosotros es, desde sí mismo (pero entonces ya no hay “sí mismo”), la realidad total. Los demás son siempre manifestaciones fenoménicas, exteriores, que pueden llegar a anularse porque esencialmente no son; su realidad, por así decirlo, existe a costa de nuestra irrealidad. Todo está en invertir la fórmula, alterar la posición de los platillos de la balanza. La noción del tiempo y del espacio como la concibió el espíritu griego y tras él casi todo el Occidente carece de sentido en el Vedanta. “En cierto modo el hombre se equivocó al inventar el tiempo; por eso bastaría realmente renunciar a la mortalidad (en *Rayuela* se insiste en ello) para saltar fuera del tiempo”.

Por un camino contrario, entronca con el Iván Ilich de Tolstoi: “Y la muerte, ¿dónde está? Buscó su antiguo terror a la muerte, sin hallarlo”.

¹ Ernesto González Bermejo, *Conversaciones con Cortázar*, Editorial Hermes, México, 1978, p. 64.

² Luis Harss, “Julio Cortázar, o la cachetada metafísica”, *Los nuestros*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1966, p. 268.